

Historia e historiología en Ortega y Gasset: Notas para la construcción de una ontología regional pura de la ciencia histórica

Iván Galán Hompanera

Resumen

El presente artículo trata de clarificar el propósito de Ortega y Gasset de elaborar una matriz eidética pura para la ciencia histórica. El filósofo español materializó la idea de gestar una ontología material de la historia al menos con diez años de antelación respecto a Edmund Husserl. Ortega bautizó esta nueva ciencia con el nombre de historiología. El presente trabajo se propone además la tarea de clarificar las similitudes y diferencias que median entre historiología como base de la ciencia histórica y las ciencias naturales.

Palabras clave: historicidad, historiología, filosofía española, fenomenología, epistemología, ontología.

Abstract

This paper deals with Ortega's proposal of developing an ontological framework being able to grasp the essential core of history as empirical science. The Spanish philosopher aimed to work out – at least then years before Husserl – a non-factual material ontology of the history. Ortega baptizes this new material ontology of history with the name of historiology. This paper undertakes the project of clarifying the similarities and differences between historiology as the ontological basis of history and the natural sciences.

Keywords: historicity, historiology, Spanish philosophy, phenomenology, epistemology, ontology.



Historia e historiología en Ortega y Gasset: Notas para la construcción de una ontología regional pura de la ciencia histórica

Iván Galán Hompanera

Para Claudia

Introducción: resolución y proyecto

En¹ lo subsiguiente me propongo ofrecer un comentario a grandes rasgos del texto del pensador español *La filosofía de la historia de Hegel y la historiología*, aparecido en 1928². Ciertamente presenta el texto orteguiano, más allá de la trascendencia de su contenido, un eminentemente carácter ocasional. La situación en la que aparece está marcada por la publicación de la traducción en lengua castellana del texto de Hegel *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Si bien es la ocasión, el occidente hacia el cual marcha el texto en su objetivación, su oriente, su punto de partida y ascenso, presenta una adscripción mucho más amplia y, si se quiere, filosóficamente relevante. Sin integrar esta dimensión de procedencia en nuestro comentario, no podremos descifrar el texto a la luz de la historicidad intrínseca desde la cual su comprensibilidad nos sale al encuentro: En este texto, nos presenta Ortega, haciendo alarde de una gran avilantez, un propósito ciertamente inaudito: la construcción de una ciencia material pura de la historia, que él dará en llamar historiología o metahistoria. En él, a partir de él, vemos a Ortega circunscribir el territorio de una ciencia eidética pura. La historiología nace con la vocación de erigirse en la contraparte metódico-epistemológica de una parcela material dentro del ámbito universal de lo real, a saber, de la historia (y esto con varios años de antelación con respecto al proyecto y esfuerzo husserliano en pos de una eidética trascendental de la

147

Enero –
febrero
2019

¹ Aprovecho la ocasión para expresar mi agradecimiento a Julie Cottier por su amable lectura y corrección de este artículo.

² Antolin Sanchez Cuervo, « Ortega y Hegel. La interpretación de la historia y sus trampas », *Daímon*, 2016, p. 57–72.

Historia Universal). Se trata de instruir, con Ortega y a partir de él, el orden más o menos salvaje y bruto de lo histórico con una médula categorial bien definida, de capturar, en definitiva, esencias materiales, grumos de conocimiento puro que agavillen en sí el jugo eidético de la experiencia histórica; la nueva ciencia también habrá de reflejar las relaciones de funcionalidad entre las diferentes esencias dentro del campo eidético puro, estableciendo círculos de coherencia eidética que habrán de obrar de antemano su vigilancia sobre la inquietud de lo empírico. Sería posible, entonces, conforme a esta idea archifenomenológica, ver germinar y florecer los hechos históricos dentro de una matriz eidética pura, que sería como una suerte de esquematismo trascendental kantiano³, merced al cual la experiencia podría manifestarse de entrada en el seno de una horquilla conceptual o ideal. Esta nueva ciencia sería, por decirlo con una palabra, capaz de traducir el contenido factual-casualístico del material histórico a una suerte de *mathesis histórica pura*.

Etica y patetica: la acción como forma de afección

Ortega comienza su ensayo advirtiendo que la vida humana estriba en un cierto frenesí por sublimar las imperfecciones que, en solícta intimación, por doquier nos rodean y acechan. Este frenesí constituye una estructura metafísica infartada en la entraña afectiva del hombre. Mas esta estructura, precisamente porque se halla genuinamente inscrita en las profundidades abisales del deseo, actúa como una especie de conato inagotable, que imanta la acción humana desde el interior, abriendo una brecha que sitúa el deseo frente a un abismo inabarcable e incommensurable a cualquier coordenada intencional, independiente e inasequible, por lo tanto, al éxito o saturación intencional de cualquier incoación particular dada. Sobre este nervio metafísico pivota toda teleología intensada hacia o enconada con la redención de lo imperfecto, es decir, de todo aquello que nos rodea y, menesterosamente, solicita nuestra intervención para adquirir una mayor plenitud ontológica. Este es el nivel de lo intencionalmente saturable, de lo factible, de todo

³ Véase: Marc Richir, *Méditations phénoménologiques. Phénoménologie et phénoménologie du langage*, Grenoble, Millon, 1992 y Alexander Schnell, *Le sens se faisant. Marc Richir et la refondation de la phénoménologie transcendantale*, Bruxelles, Ousia, 2012.

aquello que se mueve dentro del ámbito cuantitativo de un más o menos accesible en trayectos de experiencia sintéticamente encadenados. Precisamente, en la medida en que aquí se gesta un área de composibilidades cuya disposición y ejecutabilidad se hallan, a través de la esfera volicional, vinculadas a priori, esto es, relatadas a los poderes intencionales acopiados en el sujeto, se erige aquí el campo de lo estrictamente ético. A partir de estos dos puntos se derivan dos tipos de experiencia de lo insuficiente, dos formas de insatisfacción: la insatisfacción metafísica, que es, en su sustancia, de todo punto inesquilnable y que, por eso, arrastramos en nuestros corazones como una reserva de perenne descontento, y la insatisfacción vinculada a los estados de cosas modificables bajo el peso de la actividad, sea esta individual o colectiva. A diferencia de la primera, que excede la horma de la responsabilidad humana porque no es intencionalmente figurable, la segunda forma de insatisfacción se nos impone como un *asunto*, es decir, como algo cuya perfección puede, e incluso debe ser, a riesgo de fracasar un imperativo moral, asumido como meta del obrar. Asumir una responsabilidad sería, entonces, hacer asunto suyo esta o aquella imperfección, dar respuesta a la tácita imprecación de un perfectible. El remordimiento, como fenómeno ético, aparece vinculado al segundo modo de imperfección: "Lo que vale más en el hombre es su capacidad de insatisfacción [...] Hay la insatisfacción provocada por lo incompleto e imperfecto de cuanto da la realidad [...] Esta insatisfacción radical se caracteriza porque en ella el hombre no se siente culpable ni responsable de la imperfección que advierte. Más hay otro descontento que se refiere a las propias obras humanas, en que el individuo no sólo echa de ver su defectuosidad, sino que tiene a la par conciencia de que sería posible evitarla, cuando menos en cierta medida. Entonces se siente descontento no sólo de la cosa, sino de sí mismo. Ve con toda claridad que podría aquella hacerse mejor; encuentra ante sus ojos [...] el perfil ideal que la depura, y [...] no para hasta que ha logrado adobar la realidad conforme a la norma entrevista. Con esto no obtiene una perfección absoluta, pero sí una relativa a su responsabilidad. El descontento radical y metafísico perdura, pero cesa el remordimiento"⁴.

De este gesto de malestar moral respecto de todo aquello que, aunque trunco en la hora presente, no deja sin embargo de portar consigo como la adumbración y

⁴ José Ortega y Gasset, *Obras completas*, Madrid, Taurus, 2006, p. 299.

promesa de una plenitud futura, surge la idea orteguiana de poner en marcha una *Biblioteca de Historiología*. Se trata de una motivación filosófica que no capta su origen tanto en una perplejidad intelectual ($\tau\omega \theta\alpha\nu\mu\alpha\zeta\epsilon\iota\nu$), como en una perplejidad de carácter moral. Efectivamente, según una tradición socrática⁵ hasta la fecha inconclusa, la capacidad de asombrarse sobre lo trivial constituye la afección ($\pi\acute{a}\theta\theta\circ\varsigma$) fundamental que alimenta el afán del pensar filosófico. Mas en esta capacidad, que más que una capacidad es una vulnerabilidad o sensibilidad ($\pi\alpha\theta\epsilon\iota\nu$), no reside, a lo que me parece, el único ímpetu del ejercicio pensante. Nos basta con lanzar una mirada a las *Confessiones* de San Agustín, a las *meditationes de prima philosophia* de Descartes, a cualquier tratado de inspiración marxista o incluso a la obra de Fichte o Nietzsche - por no hablar de Spinoza, Levinas o del último Derrida -, para reparar, al pronto, que algo anda mal en el axioma socrático, cuando no en punto a la excelencia de su contenido, sí al menos en lo que toca a su presunta universalidad y singular carácter.

Existe una intuición ética prejudicativa (raíz común de la que acaso fluyan tanto profeta como filósofo) que sitúa su jurisdicción en un terreno previo al desempeño intelectual, y que incluso lo motiva, cuando no lo funda. Este motivo, vivo ya en la figura de Sócrates, pierde su vigencia en favor del interés intelectual, hasta el punto de quedar circunscrito y confinado, tras la institución del lenguaje filosófico de la mano de Aristóteles, en una parcela particular de lo real, esto es, en la región de la ética como disciplina singular y estanca.

La filosofía de Ortega y Gasset surte casi en su integridad de un genuino instinto de responsabilidad moral, que convendría no reducir a una simple pose moralista, siendo, como es, un afán de plenitud, una aspiración por colmar las cornucopias del sentido que jalonan y transverberan la existencia humana. El famoso adagio orteguiano "yo soy yo y mi circunstancia", antes que un postulado teórico, connota un modo de estar plantado frente a la existencia, una actitud que mueve a lucha contra toda forma de adocenamiento. El "hombre masa" es, en cierto modo, alguien que acomoda las posibilidades de su repertorio vital a los modos y maneras que, a todos los niveles, gestionan el mundo qua circunstancia, qua *Umwelt*, en el instante

⁵ *Teeteto*, 155 c/d: „Μάλα γὰρ φιλοσόφου τοῦτο τὸ πάθος, τὸ θαυμάζειν: οὐ γὰρ ἄλλη ἀρχὴ φιλοσοφίας ἡ αὕτη“

presente (y no se nos escapa que es el *Umwelt* una categoría cualitativa, sin perímetro definido, capaz de oscilar y dilatarse entre la inmediatez geográfica en la cual se desenvuelve la vida humana particular y la dimensión global planetaria). "Hombre masa" no designa, por lo tanto, de ninguna manera un título sociológico, es sobre todo y ante todo, una categoría que da cuenta de la poca o nula capacidad de insatisfacción de un tipo de hombre en relación a los imperativos que su circunstancia le plantea. Incluso podemos atrevernos a ver en la pedantería academicista, en el deliquio clasicista (el *filologismo*), una de las formas más refinadas y sofisticadas de comportarse *en masse*. Por eso nos dice Ortega: "Ni nuestra caritativa admiración ni una perfección ilusoria y eterna hacen al clásico, sino precisamente su aptitud para combatir con nosotros. Es el ángel el que nos permite llamarnos Israel"⁶. El clásico en sí, el clásico a ultranza y tramontano, no existe; este designa una forma de intimidad compartida, una relación intencional; su forma de existencia es, así las cosas, eminentemente intersubjetiva, y, por decirlo con Husserl, un fenómeno generativo, un fenómeno generativo, es decir, un proceso cuyo "ser" estriba en una acumulación de sentido incesante e inagotable, que ni sabe ni puede ser reducido a la puntualidad de un instante ni a la suma de todos los instantes, pues su ser es el ser de una totalización continua a partir de un origen que no cesará de esconderse en lo ubérrimo de su fecundidad perpetua⁷. El clásico, como el ángel del antiguo testamento, se manifiesta en la resistencia que nos ofrece, y el intelectual, como Jacob, cobra su dignidad, cual si de una prenda se tratara, a resultas de tan impar lucha.

La historia, huérfera de clásicos

Pues bien, en la Historia, nos dice Ortega, no hay clásicos. El "fondo y sustancia de los libros históricos sigue siendo el cronicón"⁸, y es esta falta de clásicos, este perfil

⁶ J. Ortega y Gasset, *Ortega y Gasset 2006..., op. cit*, p.230.

⁷ Para este tema véase: Iván Galán Hompanera, *Generativität, Instinktivität und Faktizität im Denken Edmund Husserls*, Nordhausen, Traugott Bautz Verlag, 2017; también: Pablo Posada Varela, «El desfondamiento de la presencia. Inconsciente fenomenológico y fenomenología genética», posada Varela, Pablo - "El desfondamiento de la presencia. Inconsciente fenomenológico y fenomenología genética" in *La experiencia que somos, Ignacio Quepons Ramírez y María Cervantes Oliveros (Eds)*. CEMIF, México, 2016. pp. 37-55.

⁸ *Ibidem*, p.231.

de potencia fraca-sada y como mutilada que ofrece la ciencia histórica, la que motiva la reflexión orteguiana sobre la historia: "El historiador nos parece manejar toscamente, con rudos dedos de labriego, la fina materia de la vida humana"⁹.

La ciencia histórica adolece de la falta de un cuerpo conceptual cerrado. No sólo acusa la inexistencia de un prisma categorial que filtre el flujo ininterrumpido del acontecer para rendir ante nosotros un conocimiento histórico de tipo científico, un conocimiento capaz de ser emitido y formulado bajo el prospecto de leyes generales, codificando así simbólicamente la masa informe de datos en la que consiste la *res gesta*, sino que, además, ni tan siquiera cuenta con un sistema bien definido que cifre y funcionalice las relaciones de esencia que median entre la ciencia histórica y el resto de ciencias de las que, subsidiariamente, ha menester (paleontología, filología, psicología, sociología). A falta de una esquema claro y conciso de esta vertebración interregional ha de quedar la científicidad de la Historia definitivamente en suspenso, definitivamente conculcada. Cabe decir, con todo, que el concurso de estas disciplinas no acontece de cualquier modo, o *ex voluntate*, sino que es consecutivo de la estructura del ente histórico en cuanto tal. Antes de arrojarse en tropel al torbellino de la historia, conviene plantear cuáles son las condiciones de posibilidad de tal conocimiento, o, expresado no tanto en clave gnoseológica como objetal, cuáles son los requisitos que facultan la manifestación de la historia no como dato, sino como historicidad fungiente, vale decir, como principio generativo de la realidad humana o, por tomar una expresión cara al joven Ortega, en tanto que "realidad ejecutiva".

Por un lado falta en la ciencia histórica al uso la movilización de una actitud eidética o, como Ortega prefiere decir, de una "actitud intelectiva"¹⁰. La figura de César, vista bajo el monóculo de la fenomenología eidética, traspasa, integra y trasciende la muchedumbre deslavazada de hechos que de él nos consta. El carácter regresivo de la historia como dato y constatación ha de ser superado en un acto de progresión interpretativa¹¹, merced al cual el régimen horizontal y pasivo, que retiene al dato histórico en una suerte de inercia desligada de todo brío hermenéutico,

⁹ *Ibidem*, p.230.

¹⁰ *Ibidem*, p.230.

¹¹ Para una fundamentación del método regresivo/progresivo en la fenología véase: Iván Galán Hompanera, Joachim Feldes, Stephan Fritz, Hans Rainer Sepp, *Generativität, Instinktivität und Faktizität im Denken Edmund Husserls*, Nordhausen, Traugott Bautz Verlag, 2017

recobrará su dinamismo inherente, verticalidad intencional y efectividad histórica. Se trata, en cierto modo, de un acto constructivo que ha de integrar todos los hechos, tal y como nos llegan en una primera nota cognoscitiva, en el seno de un proyecto intencional. La labor del historiador consistiría, entonces, en recuperar la historia para poder comprenderla, producirla desde dentro, salvarla del dato para que, a su vez, podamos nosotros salvarnos de ella, realizarnos en ella, a través de ella.

La ciencia histórica moderna descubre la fuente de su científicidad en el documento. Las dos grandes figuras en las que se materializa este giro documental son, según Ortega, Niebuhr y Ranke, el primero porque representa la "crítica histórica", el segundo porque funda la "historia diplomática o documental"¹². La originalidad de este recurso al documento no es, empero, de ninguna manera expresión o fruto de una radicalidad pionera. En el contexto desde el cual nos habla el autor de las *Meditaciones del Quijote*, la exaltación del documento como fundamento metódico de la Historia parece poseer a lo sumo el valor de una estrategia, la cualidad de una industria adscrita a una misión epocal: derribar la inmensa máquina del hegelianismo, y quizá - de forma menos obvia pero quizá tanto más apremiante como silenciosa - desarticular la base intelectual del marxismo como ciencia histórica mediante la substitución del método dialéctico por el método documental (eliminar al enemigo sin nombrarlo, conjurar el peligro a una con la conciencia del peligro - cuyo efecto es el olvido -, he aquí la meta primordial de toda forma de censura; la proscripción explícita invoca y presentifica de una vez el peligro mismo que pretende exorcizar: toda *conjuración* es una *conjuración*). El afán documental no sirve, por lo tanto, para modificar la estructura cualitativa de la historia en cuanto tal: "¡Como si antes del siglo XIX no hubiese el historiador buscado el documento y criticado sus fuentes! La diferencia entre lo que se hizo hasta 1800 y lo que se comenzó a hacer va para un siglo es sólo cuantitativa y no basta para modificar la constitución de la historia"¹³. Si el papel preeminente que desempeña el documento para la historia en la consecución de un marchamo de científicidad irrebatible está sujeta a una restricción de época y a una finalidad concreta tributaria de un tiempo dado, a saber, de aquel periodo que vive del gran resuello del Espíritu

¹² J. Ortega y Gasset, *Ortega y Gasset 2006...*, op. cit.

¹³ *Ibidem*, p. 233.

hegeliano, magnífico estertor de una tradición metafísica contra la cual el positivismo moderno se levanta en armas -, entonces la función que *de iure* le convenga al documento en el marco de una teoría científica de la Historia, habrá de ser desarrollada y dilucidada de manera intrínseca, sin desviaciones cosmovisionarias, atendiendo solamente al puro núcleo inteligible del conocimiento científico.

La historia como ciencia estricta: Ortega entre Kant y Husserl

En lo sucesivo pergeña Ortega a grandes rasgos su "teoría del conocimiento histórico"¹⁴, procediendo en estrecha analogía con el conocimiento de la ciencia física. La gran falla cardinal, el *peccatum originale* que observa Ortega en la ciencia histórica, radica en su escaso y mal conocimiento de la estructura del saber científico que surge en la Edad Moderna, así como de la evaluación que experimenta en él el hecho o dato bruto. Todo apunta a que el filósofo madrileño le reprocha al historiador moderno el haberse quedado rezagado en la evolución de su paradigma científico a la altura del *hiperempirismo* baconiano, el cual acaso cupiera resumir en la siguiente variación de la divisa, tan precopernicana como elocuente, acuñada por el barón inglés: *historia parendo vincitur*. Frente a esta obediencia y sumisión del historiador al puro dato histórico, propone Ortega un giro crítico: "Ciencia no significa jamás *empiria*, observación, dato *a posteriori*, sino todo lo contrario: construcción *a priori*"¹⁵.

Poco a poco se impone la consideración de que en toda forma de conocimiento científico existen y confluyen en rigurosa coetaneidad un aparato de elementos de origen puro y una parte empírica. Ambas esferas se conjugan en su mutua interdependencia e interacción de una forma muy peculiar, que habrá que aclarar en lo subsiguiente. Al abordar la tarea de elucidar en qué forma se produce el apareamiento entre las parte pura y empírica del conocimiento en aras a producir un saber científico, Ortega parece servirse de un modelo fenomenológico, inspirado en la idea Husseriana de la síntesis del cumplimiento y no, como de entrada cabría imaginar, en la idea neokantiana de una aplicación de ideas o categorías generales al tejido sensible de la experiencia: "La física es [...] un saber *a priori* confirmado por un

¹⁴ 54

Enero – febrero 2019

¹⁴ *Ibidem*, p. 233.

¹⁵ *Ibidem*, p.234.

saber *a posteriori*. Esta confirmación es ciertamente, necesaria, y constituye uno de los ingredientes de la teoría física. Pero conste que se trata sólo de una confirmación. Por lo tanto, no se trata de que el contenido de las ideas físicas sea extraído de los fenómenos: las ideas físicas son autógenas y autónomas. Pero no constituyen verdad física sino cuando el sistema de ellas es comparado con un cierto sistema de observaciones. Entre ambos sistemas no existe apenas semejanza, pero debe haber correspondencia. El papel del experimento se reduce a asegurar esta correspondencia¹⁶.

Apreciamos claramente que no se trata aquí de explicitar la relación que media entre saber *a priori* y saber *a posteriori* en términos de una presunta aplicación del primero sobre el segundo. Ortega esboza su modelo en términos de una confrontación entre dos sistemas completamente heterogéneos pero vinculados, sin embargo, por un acto de confirmación, cuya habilidad radica en el establecimiento de una cierta correspondencia entre ambos sistemas. Es esta confirmación, amén de transformar los dos sistemas o esferas de saber heterogéneos en hemisferios correlativos e interdependientes, opera una síntesis o correspondencia de la cual emerge el saber científico como corroboración empírica de un sentido *ultraempírico*. Así las cosas, sobre el experimento recae la limitación de servir de mera constatación del saber *a priori*, que es, además, un saber autógeno y sin origen empírico assignable, mas susceptible de fertilizar con su sentido el orbe de la experiencia merced a la experimentación como acto de transición en el que, por demás, se produce la verificación de las categorías acaparadas en el saber puro. La idea central que se desprende de este modelo de conocimiento no puede ser más desmembrante, en sus consecuencias, para la escuela histórica, pues Ortega no viene sino a decir que la materia cognoscitiva de la ciencia reside, *per definitionem*, en su esfera o núcleo *a priori*, a despecho de la cual sería de todo punto imposible constituir o engendrar un conocimiento científico de cuerpo entero y bien constelado, mas tan sólo una rapsodia casual de informaciones carentes de concreción científica: "La física es, sin duda, un modelo de ciencia, y está de sobra justificado que se hayan ido tras de ella los ojos de quienes buscaban para su disciplina una orientación metodológica. Pero fue un *quid pro quo*, más bien gracioso que otra cosa, atribuir la perfección de la física

¹⁶ *Ibidem*, p. 234.

a la importancia que el dato tiene en ella. En ninguna ciencia empírica representan los datos un papel más humilde que en la física [...]. Un error parecido lleva a hacer consistir la Historia en el documento. La circunstancia de que en esta disciplina la obtención y depuración del dato sean de alguna dificultad [...], ha proporcionado a este piso de la ciencia histórica una importancia monstruosa [...]. Ciencia es la obra de Newton o Einstein, que no han encontrado datos, sino que los ha recibido o demandado [...]. Es inaceptable en la historiografía y filología actuales el desnivel existente entre la precisión usada al obtener o manejar los datos y la imprecisión, más aún, la miseria intelectual en el uso de las ideas constructivas"¹⁷.

La índole fenomenológica de esta conjunción de conocimientos puros y empíricos como ingredientes necesarios en la gestación del conocimiento científico, tal y como esta no es presentada por Ortega, se antoja incuestionable. El propio Husserl nos propone un similar diseño de la textura trascendental del conocimiento científico en sus lecturas del año 1910/11. El fundador de la fenomenología proyecta allí un esbozo del esqueleto o núcleo *apriórico* de la ciencia natural, el cual consigna bajo el título de una *ontología de la naturaleza*, también denominada por él *ciencia natural pura*: "A la naturaleza como *factum* contraponemos la naturaleza como idea [...]. Esto da como resultado las ciencias de las ideas constitutivas para la idea de la naturaleza"¹⁸. Estas ciencias, que exponen el *apriori* (*das Apriori*) de la idea de la naturaleza, son, según Husserl, "la doctrina pura del espacio (geometría), la doctrina pura del tiempo, la cinemática pura, las disciplinas puras de las posibles deformaciones de las figuras espaciales", junto con todas las ideas de la cosa que no solamente atañen su duración y figura geométrica, sino también a sus "propiedades y alteraciones reales, que se hallan dentro de complejos causales, leyes *apriori* que no atañen a la facticidad de las cosas en tanto que entes existentes, sino a la idea de la coseidad en cuanto tal"¹⁹.

Estas observaciones nos permiten comprender mejor el sentido, proclive a cierta malcomprensión, del término construcción, del cual Ortega hace copioso uso a lo largo de su texto. Nada obsta a que enraicemos su comprensión en el sentido etimológico primigenio del concepto. El termino construcción se deriva del vocablo

¹⁷ *Ibidem*, p. 235.

¹⁸ Edmund Husserl, Iso Kern (éd.), *Grundprobleme der Phänomenologie 1910/11. Text nach Husserliana*, Bd. XIII, Hamburg, Meiner, 1992, p.32.

¹⁹ *Ibidem*, p.33.

latino *struere* (apilar, estratificar, erigir una cosa sobre otra)²⁰. El rasgo constructivo de la ciencia en su proceder vendría a significar algo así como un reciclar compilante del sentido de la experiencia en el seno de un saber apriórico puro. Por mor y en función de esta compilación obtiene la experiencia empírica una cualidad ontológicamente expresiva. La construcción, de la cual aquí se nos habla, no designa, pues, un proceder opuesto al saber intuitivo propio de la fenomenología, sino que retrata y refleja justamente de una forma intuitiva la textura fenomenológica de este conocimiento como recopilación de la experiencia en el seno de un *a priori* que le confiere su tornura u horma ontológica. Vemos, sin embargo, que, abordado en su integridad, el saber científico como constructo encierra en sí una cierta torsión dialéctica o juego de fuerzas: desde el punto de vista conceptual *a priori* es repliegue y compilación de la experiencia en el *a priori* de un saber puro, desde el punto de vista de la corroboración experimental es despliegue de estas categorías en la experiencia (*Entäusserung*). La verdad del saber científico consiste en este doble movimiento, que es a la vez, de un golpe, repliegue y proyección. El fetichismo filológico abstrae su objeto de este movimiento y lo convierte una abstracción inerte y exanimada, incapaz de morder en la esfera del saber ontológico.

Contra este "estado de cosas en el reino de la Historia", nos dice Ortega, "se levanta la historiología. Va movida por el convencimiento de que la Historia, como toda ciencia empírica, tiene que ser, ante todo, una construcción y no un agregado"²¹. Existen cuatro jalones o hitos que el proceso de construcción ha de atravesar en su doble movimiento pendular simultáneo como regresión o integración del dato en un *a priori* y como expresión y confirmación progresiva del *a priori* en su exteriorización experimental. Según Ortega las cuatro balizas que marcan el desarrollo constructivo "de las ciencia de realidades - y la historia es una de ellas -" son: 1. un "núcleo *a priori*"; 2. un "sistema de hipótesis que enlaza ese núcleo *a priori* con los hechos observables"; 3. una "zona de «inducciones» dirigidas por esas hipótesis"; 4. una "vasta periferia rigurosamente empírica - descripción de los puros hechos o datos".

En el seno de la construcción, todos estos elementos se hallan vinculados por relaciones de interdependencia mutua, que nosotros expresamos dinámicamente

²⁰ Die Geschichte como concepto constructivo, *structum*

²¹ J. Ortega y Gasset, *Ortega y Gasset 2006...*, *op. cit*, p.237

usando las categorías metódicas de regresión/progresión (doble movimiento); la periferia empírica apunta, en el seno funcionalizante de la construcción, al núcleo *a priori*, y este tan sólo existe como relato o correlato de una empiría. Si bien Ortega asume la posibilidad de que en la Historia "no llegue nunca a núcleo *a priori*, la pura analítica a dominar el resto de su anatomía como ciencia", el mero "acto de llamar «histórico» a cierto hecho introduce ya [...] todo el *a priori* historiológico en la masa de lo puramente fáctico y fenoménico"²².

Una vez que se ha reconocido el parentesco de todas las ciencias de realidades en el tronco constructivo que marida empiría y *a priori* en la simultaneidad de un saber, procede Ortega a acentuar la diferencia fundamental que estriba entre la ciencia histórica y la ciencia física. La dificultad fundamental con la que tiene que lidiar la ciencia histórica atañe la fisionomía y complejidad de su objeto, pues mientras la realidad material sobre la cual se ciñe el quehacer científico del físico es sumamente indeterminado - a tal punto de que es del todo permeable a la matematización -, la realidad histórica es sumamente compleja y diferenciada, inasumible matemáticamente. La historia sólo se vuelve ostensible en actos de comprensión que rebasan los dispositivos metódicos de orden mecánico. De aquí se desprende el hecho de que el objeto de la física pueda diluirse metódicamente en la pura manufactura, en la pura manipulación, mientras que la historia se ve abocada a trascender sus propios métodos para no perder su aiento hermenéutico, para, en definitiva, no quedar cosificada como momia en el gran mausoleo documental y archivario: "La historia no es manipulación, sino descubrimiento de realidades: *ἀληθεια*"²³. Esta diferencia manifiesta, según el filósofo español, una repercusión metódica inmediata. Mientras que la física consistiría en sus métodos, la Historia usaría los suyos, mas sin reducirse a ellos: "La Historia, si quiere conquistar el título de verdadera ciencia, se encuentra ante la necesidad de superar la mecanización de su trabajo, situando en la periferia de sí misma todas las técnicas especializadas. Esta superación es siempre una conservación. La ciencia necesita a su servicio un conjunto de métodos auxiliares, sobre todo filológicos. Pero la ciencia empieza donde el método acaba, o, más propiamente". Es así como surge la idea y misión de la

²² *Ibidem*, p. 247.

²³ *Ibidem*, p.239.

historiología como "ontología de la realidad histórica" como "estudio *a priori* de su estructura esencial"²⁴.

De lo dicho es posible colegir que la historiología como ciencia apriórica de la realidad histórica se nos destapa como una ciencia regional particular. Como tal se establece como contrafigura, en el terreno histórico, de aquella ciencia pura que Husserl dio en denominar, como hemos dicho más arriba, *ontología de la naturaleza*. Esta ontología, o fundamento *a priori* de la ciencia histórica constituye aquella instancia que habrá de solaparse con todo dato positivo en el seno de una construcción. La historiología sería entonces el piso ontológico sobre el que descansa la ciencia como historia empírica, así como la relevancia ontológica de todo dato óntico que hallemos en la inmanencia del campo histórico. La determinación "de ese núcleo categórico, de lo esencial histórico, es el tema primario de la historiología"²⁵. Como Husserl, refiere Ortega la existencia de una estructura invariante transfactiva que subyace a toda variación fáctica: "Sólo esto puede transformar a la Historia en ciencia, es decir, en reconstrucción de lo real mediante una construcción *a priori* de lo que en esa realidad [...] haya de invariante"²⁶.

La realidad histórica es para Ortega un todo coherente que, si bien no puede ser determinado *a priori*, como pretende el hegelianismo e incluso ciertas corrientes en el interior del marxismo, sí que obedece en su desarrollo a ciertas motivaciones reconstruibles, que no tienen su origen tanto en la psicología o la antropología como en la estructura intencional-extática de la subjetividad, y, de forma más general, en la naturaleza de la constitución de la realidad en cuanto tal. La fenomenología descubre, efectivamente, que todo hecho es, constitutivamente, la objetivación de una intención subjetiva, y que esta intención subjetiva se halla, además, engastada en un horizonte intencional que refleja, a su vez, las condiciones sociales, políticas e históricas en las que el susodicho horizonte se desenvuelve. Si permitimos que la atención científica quede reabsorbida por tal o cual hecho, perdemos de vista todo el dinamismo que anima la acción. En la reconstrucción histórica hemos de tener presente que el hecho es siempre *gestum* (del latín *gerere*), una consecución, logro o

²⁴ *Ibidem*, p. 243.

²⁵ *Ibidem*, p. 240.

²⁶ *Ibidem*, p.243.

gesta. Como gesta, como *accomplishment*, el hecho histórico - que es además siempre un acto individual o colectivo - , en tanto que intencionalidad vertical o realidad ejecutiva, es el fruto, por un lado, de una situación dada a la que da respuesta, de una presión determinante del entorno a la que la actuación da respuesta, y por otro, el hecho, como acto, es producto de una intención que está íntimamente ligada a una situación o proyecto que aquel trata de materializar objetivamente. El sujeto histórico es, dicho sartrianamente, siempre un hombre o colectivo que se objetiva históricamente a través de hechos por medio de los cuales trata de trascender la situación que le determina.

Sea como fuere, cabe destacar que aquello que Ortega tiene en mente como horizonte histórico de referencia, no es tanto la ontología del mundo de la vida como la especificidad del mundo-hogar (*Heimwelt*). En otra ocasión intentaremos explicar como se relaciona este núcleo fáctico sobre el cual pivota lo específico de lo histórico con las constantes categoriales que han de vehicular el a priori científico. Por lo pronto nos tenemos que conformar con afirmar que si queremos comprender el sentido de aquella totalización histórica que denominamos César, habremos, por lo pronto, de elucidar qué significa ser procónsul en el mundo romano. Cuanto más claro tengamos que es ser procónsul en el siglo I a. C., más claramente veremos el significado del hecho “César apostado frente al campamento de Vercengetorix” en su funcionalidad histórica²⁷. En este orbe de sentido viaja alojada la figura de César. ¿Cómo se han engendrado estos orbes, cuál es su relación con otros invariantes, a qué tipo de contradicciones están expuesta, cómo se totalizan en una *Gesamtfügung*? Sólo después de haber conocido la dinámica de estos orbes en su lógica totalizadora podremos descubrir la estructura especial por mor de cual se abre a ellos el fenómeno histórico particular “César”.

²⁷ *Ibidem*, p. 245.